

María José Rodilla, *Escrito en los virreinos*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004. 137 pp. (*Estudios de Cultura Literaria Novohispana*, 21).

Lillian von der Walde Moheno
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

La publicación que reseño —*Escrito en los virreinos*— reúne diez artículos que son fruto de la laboriosa dedicación en estos temas, a lo largo de más de 15 años, de la doctora María José Rodilla.

Muchas de las obras que en este libro se abordan representan lo que fue característico en nuestras tierras continentales: escritos ancilares, híbridos, que utilizan recursos indistintos de géneros variados y que bien caen, como explica José Pascual Buxó en sus “Palabras liminares”, dentro del concepto “cultura literaria” más que en el de “literatura” propiamente; son creaciones que a veces “revelan o potencian facetas de la experiencia social e individual de las que no siempre se hacen cargo las obras de mayor eminencia artística” (p. 14). Y, dentro de este cúmulo de facetas, con agudeza crítica María José Rodilla entresaca lo más curioso, interesante o entretenido y lo somete a un tratamiento académico riguroso que consiste en el análisis puntual de aquello que trata, más su inserción dentro de la tradición literaria mediante la exploración de los diversos aprovechamientos intertextuales. En síntesis, el libro posee el mérito doble de ser tanto exacto como divertido. Y esto no es poca cosa para un conjunto de investigaciones académicas ciertamente especializadas, por lo que estamos frente a una *virtus* pedagógica que en verdad se agradece.

Este volumen, por otra parte, nos habla de las particularidades de nuestra América de los siglos XVI al XVIII, en virtud del análisis

de diversas representaciones estéticas de una variopinta realidad; estas representaciones de alguna manera organizan ideas y sentimientos compartidos por una determinada colectividad, de allí que sobresalga, no obstante las especificidades textuales y reales, una suerte de identidad común que da sustento, no sólo literario, a la idea de Imperio presente incluso en la queja criolla. Expresamente fuera de este esquema de identidad imperial se halla, sin embargo, “la visión de los vencidos” para parafrasear el título del notable libro de Miguel León Portilla, que se aborda en el primer artículo. En éste María José Rodilla analiza tres poemas indígenas dentro del género prehispánico *iconocuicatl*, que narran el sitio de Tenochtitlan y la caída de los pueblos mexica y tlateloca. De hecho, como lo hace ver la investigadora, estas composiciones son clara muestra del doloroso trauma de la conquista, de la concienciación de la destrucción del propio mundo:

Llorad, amigos míos,
 tened entendido que con estos hechos
 hemos perdido la nación mexicana (p. 27).

A juzgar por el contenido, no resulta extraña la pervivencia del dolor y del resentimiento advertida, entre otros, por Juan de la Cueva en la siguiente composición:

La gente natural, sí, es desabrida
 (Digo los indios) y de no buen trato,

 Voy a ver sus mitotes y sus danzas,
 Sus justas de más costa que aparato.

 Dos mil indios (¡oh extraña maravilla!)
 Bailan por un compás a un tamborino,
 Sin mudar voz, aunque es cansancio oílla.
 En sus cantos endechan el destino
 De Moctezuma, la prisión y muerte,
 Maldiciendo a Malinche y su camino.

Al gran Marqués del Valle llaman fuerte
Que los venció; llorando desto, cuentan
Toda la guerra y su contraria suerte.
(Carta al licenciado Laureano Sánchez de Obregón,
en M. Méndez Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana* I: 29).

Qué bueno, dicho sea de paso, que la Serie de Estudios de Cultura Literaria Novohispana dé cabida a un estudio como el que comento, y que sea una especialista en letras quien lo realice. Y es que, como todos sabemos, la literatura indígena (incluso en español) no aparece siquiera en alguna asignatura de los programas de licenciatura o posgrado en Letras, de allí que su análisis sea potestad de un grupo reducido de historiadores, antropólogos, etnólogos o lingüistas cuyos intereses no son propiamente los literarios. El patrimonio cultural indígena, aunque pueda no compartir los criterios hegemónicos, forma parte una nación toda, llámese ésta reino, virreinato o país.

El encuentro de los españoles con este continente y la ocupación de su territorio, completada alrededor de 1545, recibió un tratamiento literario singular en el que destaca la presentación de los hechos históricos mediante el uso frecuente de la épica, junto con la incorporación de un sinnúmero de recursos provenientes de la tradición literaria toda. Un documento de este tipo es el que estudia María José Rodilla en el segundo artículo compilado: *El peregrino indiano* de Antonio de Saavedra Guzmán. La investigadora subraya, en éste, el trabajo autorial de la materia histórica a la que dota de las características específicas de la poesía épica, más dosis de moralización, empleo de la alegoría e introducción de temáticas que tienen que ver con el amor, con lo maravilloso y con el bestiario medieval; hay que incluir, también, el proselitismo de la causa personal. Este último hecho conduce a la estudiosa a indicar que “el peregrino indiano puede ser Cortés por su peregrinar guerrero y evangelizador..., pero también el propio autor, por su peregrinar administrativo... Ambos [además] son peregrinos de esta historia: uno con su espada y otro con su pluma” (pp. 39-40), pues Saavedra pretende reivindicar su ascendencia de conquistadores para paliar

su desgracia actual. Es “la queja eterna del criollo despojado de sus cargos por el chapetón advenedizo” (p. 40):

hay como yo otros muchos olvidados
 hijos, y nietos, todos descendientes
 de los conquistadores desdichados,
 capitanes y alféreces valientes:
 los más destos están arrinconados,
 en lugares humildes diferentes,
 sin tener en la tierra más que al cielo,
 de quien sólo esperando están consuelo.
 (Saavedra [1599] 1880, 402).

El cuarto artículo se ocupa de las laudatorias representaciones de la ciudad de México hechas de manera alienante según término retórico por Bernardo de Balbuena en tres obras de géneros diferentes: en *Siglos de Oro en las selvas de Erífle*, en la que la perspectiva es bajo el agua en viaje subterráneo justificado por el recurso del sueño; en *El Bernardo*, que es desde el aire en viaje aéreo maravilloso y, ya en la tierra, en *Grandeza mexicana*. En el *urbis laude* de la composición primera, como en el de la segunda, no se subraya tanto el implícito interés de Balbuena que más claramente se descubre en la *Grandeza*; de acuerdo con María José Rodilla: adquirir fama, alcanzar determinadas prebendas eclesiásticas y permanecer en esta Atenas del Nuevo Mundo, pues “son galera de Dios” las “tierras miserables” (p. 49).

Sigue un muy entretenido artículo sobre Juan Mogrovejo de la Cerda y su obra *La endiablada*, que en parte parodia *La Cristiada* de Diego de Hojeda, pues si en ésta se “toma a Cristo como protagonista de[l]... poema épico y adopta un tono predicador” (p. 53), en la otra los personajes son diablos y el tono es satírico. María José Rodilla analiza los elementos cómico-críticos, a la vez que rastrea el variado juego intertextual para descubrir, en el último apartado, que el cuento posterior *Ridentem dicere verum ¿quid vetat?* de Joaquín Fernández de Lizardi, no sólo se halla en esta misma tradición, sino que se ve influido directamente por *La endiablada*.

La visión misógina de Juan Rodríguez Freyle es tema del siguiente artículo. La investigadora analiza nueve de las llamadas “historietas” de *El Carnero* en las que aparecen mujeres con ciertas particularidades: atentatorias (por livianas o adúlteras o hechiceras cómplices), y víctimas inocentes (pero maltratadas por la pluma del escritor). Observa que la tradición de la que provienen estos relatos se remonta a las colecciones medievales de *exempla*, y que el influjo más evidente es el del *Arcipreste de Talavera* o *Corbacho* de Alfonso Martínez de Toledo; hay un importante número de tópicos misóginos tomados de diversas fuentes: bíblica, patrística y la misma *Celestina*, entre otras. En síntesis, la mujer es para Rodríguez Freyle “callado engaño”, “dádiva quebradiza”, “lazo disimulado”, “flor que mientras más la manosean más presto se marchita” (p. 71).

“Mateos Rosas de Oquendo y los «hombres de color quebrado»” es el título del a la vez interesante y entretenido artículo que viene a continuación. En éste la investigadora da cuenta de la visión satírica con la que el escritor critica el mundo de los virreinos. Nadie se salva en la aguda pluma del escritor, pues arremete cómicamente contra indios, mestizos, españoles advenedizos, criollos, negros, mulatos, “mujeres que se venden por dineros” (p. 77), y él mismo. He aquí su auto-ridiculización:

sombrero por aforrar
 la rropilla con mis llagas,
 remendados los calsones,
 comida toda la barva;
 las manos como carbón;
 nunca me labo la cara;
 las uñas por largas pueden
 servir de nabaja, a falta

(p. 74).

María José Rodilla vuelve a este genial escritor satírico en “Tapadas y busconas en el Perú colonial”, artículo en el que explora sus representaciones groseras y grotescas al igual que las de Mogrovejo de la Cerda de mujeres del Perú, las cuales se comparan con

las visiones de Carrió de la Vandra y del viajero francés Amedée Frezier. Transitán, pues, bajo la mirada analítica de la investigadora, busconas, alcahuetas, dispendiosas, rameras y tapadas que es medio para la liviandad, como bien expresan los autores y las leyes coetáneas. “Los referentes de los viajeros —indica Rodilla— pertenecen a la cultura oficial de la metrópoli, en cambio los satíricos son juez y parte... Juglares o diablos, ambos son predicadores de ese mundo al revés y carnavalesco, cuyo símbolo bien puede ser el manto de las tapadas limeñas que se rebelaron contra la cultura oficial e hicieron caso omiso de las pragmáticas para conservar su autonomía de mujeres veladas” (p. 88).

En el antepenúltimo artículo se estudia la subversión de los tópicos exordiales por parte de Cervantes, en el prólogo a la Primera parte de *El Quijote*, y de Sor Juana Inés de la Cruz, en sus ovillejos. El conjunto de innovaciones, enmiendas y cuestionamientos a los modelos retóricos tradicionales invita a repensar, de acuerdo con la investigadora, el nacimiento de la teoría literaria moderna.

Viaje del mundo, obra del extraordinario aventurero Pedro Ordóñez de Ceballos, es motivo de puntilloso análisis en “Vuelto a mi patria y de mi patria ausente”. María José Rodilla, en función del análisis, lleva a cabo una tipología de lo realizado por Ordóñez, y así determina las siguientes categorías:

Militar: el viaje como empresa caballerisca

Espiritual: el viaje como peregrinación

Comercial: el viaje como intercambio, y

Relaciones geográficas: el viaje como misión.

Luego de tratar con detalle estos aspectos, la estudiosa examina los elementos maravillosos que aparecen en el itinerario del viajero: extrañas fuentes, hierbas que hacen reventar a las personas, una isla que mata a las hembras, pájaros que hablan en castellano, una mujer “salvaje”, la india caudada y el monstruo marichas, entre varios más. Finalmente, se detiene Rodilla en el análisis estructural y estilístico de la obra; explica, por ejemplo, la variedad de registros empleados y el esquema compositivo fijo para la introducción de

determinados núcleos narrativos como la descripción de ciudades o la incorporación de las digresiones que se colocan al final de cada capítulo. La conclusión a la que llega es que el autor “cumple... objetivos imperiales, religiosos y económicos, pero también persigue una finalidad estética presente en el humor, en las comparaciones o metáforas constantes... y en la búsqueda de la belleza”. Es, además, un “hábil maestro del suspenso, narrador de hagiografías, caballerías y cuentos de princesas orientales” (p. 114).

Cierra el volumen con el artículo titulado “El *Lazarillo de ciegos caminantes* a la luz de la ciencia y de la Ilustración”, en el que la estudiosa analiza la obra de Alonso Carrió de la Vandra “desde la vieja polémica histórica que Antonello Gerbi bautizó como «la disputa del Nuevo Mundo»” (p. 115); esto es, con la mira puesta en las tesis que se discutían en el siglo XVIII en relación con nuestro continente. Su minucioso estudio abarca las particularidades de la dedicatoria que quebrantan tanto los tópicos prologales como determinados mitos; la forma de la *descriptio*, en la que Carrió tiende a corregir los errores científicos o populares y a denostar lo que juzga denigrable; el interés léxico etimológico, incluso, más traducción a equivalencias en castellano; la construcción narrativa, con incorporación de anécdotas y cuentecillos, y con empleo de recursos varios como, para citar sólo dos, la *comparatio* y el símil, etc., etc. En síntesis, a partir de todo esto María José Rodilla descubre, en lo que a la visión del mundo se refiere, a un hombre que opta por la racionalidad y que innegablemente defiende los intereses de la corona. Entresaco algunos datos curiosos sobre algunas regiones, con los habitantes incluidos, de éste, nuestro continente americano. Según Carrió de la Vandra, en Montevideo la sanidad es mala, las mujeres poco fecundas y los hombres se dedican sólo a pulperías o al contrabando. Los gauderios (término que antecede al de gauchos, como explica Rodilla) son unos holgazanes que pasan la vida haciendo coplas obscenas y sobre la mala vida, lazando vacas y comiendo sin aderezo la carne; mientras que las mujeres de Buenos Aires son “las más pulidas de todas las americanas españolas” (p. 124). Las cordobesas son capaces de azotar muy duramente a una mulata por haberse atrevido a adornarse (este caso no es de apre-

ciación, sino real). Los indios del Chaco o los Pampas son, como casi todos los de las zonas del Sur, muy “inclinados al execrable pecado nefando” (*id.*). En Buenos Aires la gente es muy sana, y más bien muere de caídas de caballos o de cornadas; los de Salta, en cambio, son sarnosos. San Miguel de Tucumán es lo mejor de la provincia por sus aguas, pastos y clima; sin embargo, la gente tiene muy malos hábitos porque la tierra es tan generosa que casi no trabajan. Y falta nuestra ciudad. Para Carrió, de acuerdo con lo que anota la investigadora, México es “el lugar más enfermo que acaso habrá en todas las poblaciones del mundo” (p. 126). Sus aires pudren los dientes, y la gente padece pasmos, vómitos, diarreas, fiebres eruptivas... “La sequedad y sutilidad de los aires... destemplan el cerebro y causan insomnios. Al contrario sucede en Lima... Los mexicanos no pueden dejar de debilitarse mucho con los frecuentes baños de agua caliente” (*id.*). En fin, acabamos en la ciudad de México todos locos a los 50 o 60 años. Nuestros indios son, como los de Ecuador, una punta de rateros, holgazanes. Lo peor que hay.

Para concluir, permítaseme reiterar que el libro reseñado que nos enseña cómo se escribía en tiempos pasados y cómo se percibía el mundo es, además de riguroso, sumamente entretenido. Su valor es indudable, pues no sólo se rescata a escritores poco conocidos y menos estudiados, sino que se nos brindan investigaciones que poseen sustento académico e implican un avance en el conocimiento de la literatura de los virreinos. Mi enhorabuena, pues, a la autora, María José Rodilla, y mi reconocimiento al editor de la Serie, José Pascual Buxó, quien además de ser sobresaliente académico en lo que respecta a la investigación, enmienda y reivindicación de nuestro ayer virreinal, se ha erigido no sólo como el mayor promotor de los estudios en este campo, sino también como difusor de las obras del periodo y de los resultados de investigación.